



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLII

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM 12216

PRECIOS DE SUSCRIPCION

En la Península.—Un mes, 2 pts.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º á 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

MIERCOLES 6 DE AGOSTO DE 1902

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras d fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette y en Ouzma, Lir 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

LA BATALLA DE FLORES

Ayer tarde se celebró el brillante festejo cuyo nombre encabeza estas líneas.

Cuando la Junta organizadora de las fiestas la incluyó en el programa, creíamos que sería difícil llevarla a términos de realización; la circunstancia de no abundar las flores en este país y la más grave de verificarse en la ciudad del Turia un festival idéntico pocos días antes que el anunciado en esta población, nos hacía temer que faltaran elementos para la segunda.

Y estaban nuestros temores muy justificados: cada vez que se verificaba la Batalla de flores en la ciudad del Cid, se agotan las flores en los verjeles valencianos; y suele ocurrir con frecuencia, que para completar el adorno de coches y atalajes, hay que pedir un muy notable contingente de flores á la huerta murciana.

Estas lógicas consideraciones que auguraban un mal resultado y hubieran desanimado á cualquiera, no desanimaron á la Junta, la cual, lomando por divisa el refrán «más hace el que quiere que el que puede», se arriesga á anunciar el festejo, á reserva de suprimirlo del programa si no se inscribían bastantes carruajes.

La batalla se ha celebrado ayer. Los espectadores han quedado satisfechos de ella, y han confesado muchos que ninguna de las anteriormente celebradas ha sido tan espléndida como la de este año; pues si en alguna hubo carruajes de mayor riqueza, en ésta los ha habido de gran gusto y en número mayor. La junta de festejos alcanzó ayer un triunfo. Sin su trabajo tenacísimo no se hubiese celebrado la fiesta. Efectivamente; no ha arraigado la batalla de flores en nuestro programa, y de ahí que al hacer tentativas para celebrarla, se tropiece con la indiferencia de los que pueden concurrir á darle más realce.

Al principio no había nadie que quisiese inscribirse; pero las visitas, las reuniones y los ruegos, lograron al cabo de un mes decidir á unos cuantos; y rota ya la indiferencia y fructo el éxito, pudo asegurarse que se celebraría la batalla; quedando no obstante la duda de que alguna circunstancia viniese á entorpecerla, y á ello ha sido debido que el plazo para hacer las inscripciones no terminara hasta muy pocas horas antes de celebrarse el espectáculo.

EL CAMPO DE BATALLA

Como indicaba el programa oficial de festejos, era la alameda de San Antonio Abad y media unos cuatrocientos cuarenta metros á lo largo de la misma.

A derecha é izquierda se habían establecido tribunas en número de ciento veinte, sesenta á cada lado, distribuidas en grupos de diez y espaciadas cada dos de aquéllas por dobles filas de sillas en número de ciento veinte. De este modo se generalizaba el combate en toda la zona señalada al mismo, pues sabido es que, por regla general, la lucha se establece entre las tribunas y los coches.

En los centros se elevaban las tribunas del Ayuntamiento, autoridades, junta de festejos y jurado.

La espaciosa zona estaba acotada por vallas de alambre que dejaban dentro las localidades de pago.

A VER EL FESTEJO

Mucho antes de la hora señalada para el espectáculo, empezó á observarse el movimiento de los grandes festejos. Los tranvías comenzaron á llenarse; iban y venían las tartañas llevando espectadores; la gente de á pie caminaba en una sola dirección, en la de las puertas de Madrid, que eran en ocasiones estrechas para la salida. De los barrios de San Antón y los Molinos, y del caserío de los Dolores, llegaban tranvías, tartañas, peatonos. Todos ansiaban llegar los primeros para apoderarse de los mejores sitios. Los que los cogieron no los disfrutaron de balde, sino á cambio de un sol de justicia que quemaba los sesos.

Como garantía del orden vijilaban la pista y la valla parejas de la benemerita y de guardias municipales.

A medida que avanzaba la hora crecía la concurrencia. Poco á poco se fueron poblando las tribunas y ocupando las sillas, y á las cinco y cuarto, quince minutos antes de la señalada para empezar el espectáculo, ofrecía la alameda un cuadro encantador lleno de vida y colorido. Las tribunas ocupadas en parte á su totalidad por preciosas mujeres que ahuyentaban el calor con los indispensables abanicos y se defendían de los rayos solares con las elegantes sombrillas, parecían canastillas de flores, más grandes que las que encerraban los odoríficos proyectiles que no tardarían en surcar el espacio lanzados por manos de nieve y de rosa; las sillas que ocupaban los huecos que dejaban entre sí cada dos grupos de tribunas, también estaban ocupadas en su mayoría por mujeres bellas y á la espalda de tribunas y sillas se agolpaba el público, ávido de contemplar la fiesta y de tomar parte en la misma con sus aplausos y sus aclamaciones.

LAS CARROZAS

A la hora que designó el jurado se fueron reuniendo en el punto de esta, en el cual se congregó también público no escaso que elogió el buen gusto que había prendido en adorno de los carruajes.

Descritas á la ligera, cual se permiten el golpe de vista que abarca el conjunto y el correr de la pluma que vuola obligada por la demanda de cuartillas, sentimos no poder detallar las mil primores que las embellecían; pero diremos los que recuerda la memoria de los siguientes carruajes que vimos preparados para la batalla.

El escudo de Cartagena.—Lo presentó la comisión organizadora de las fiestas y, como es natural, asistía fuera de concurso.

La caja del coche desaparecía bajo una hermosa combinación de flores y plantas

dispuestas con gran arte y gusto. Recostado en la parte posterior, veíase el escudo de la ciudad, de gran tamaño, bordado con multicolores siemprevivas y perfumados nardos. Ante él, sentados en un almohadón de clavelones de cuyos ángulos pendían grandes borlas de encarnada flor, iban dos asilados de la Misericordia,—niño y niña,—vestidos con el uniforme de la casa.

Los que contemplaban el bonito carruaje celebraban tan delicado pensamiento y predilección por la parejita de misericordiosos atraída sobre sí una lluvia de ramos.

Los caballos los llevaban del diestro dos reyes de armas y el coche iba custodiado por municipales.

Un palomar.—Lo presentó Pepito Palacios, que lo montaba en compañía de Pepito Cendra, Julio Garcia Vaso y José Lopez.

En los ángulos de la base ostentaba preciosos dibujos hechos con nardos y siemprevivas. Las paredes eran de dalias blancas. El techo, en forma de pirámide cuadrangular, con una aguja dorada en la cúspide, estaba vestido de clavelones amarillos y guarnecido de bonitas guirnaldas. Las puercetillas triangulares que llevaba en los costados, así como las de delante y detrás, de forma distinta y con sus correspondientes tejadillos, estaban adornadas de musgo y flores rojas. En algunas de dichas puertas y en distintos sitios del palomar veíase palomas blancas disecadas; constituyendo el todo por su forma, por el adorno y por lo perfecto del dibujo una obra notable.

Ante el palomar, en dos bancos rústicos en los cuales aparecían palomas paradas ó en actitud de levantar el vuelo, iban los luchadores dispuestos á quemar el último cartucho.

En el adorno del estruajo entraba gran cantidad de nardos y los tubos de las ruedas estaban también ocupados por palomas.

Los tres caballos que formaban el tiro llevaban arcos forrados de raso amarillo bordado con nardos y otras flores blancas.

Las municiones de guerra que llevaban los defensores de este carruaje eran seis mil ramos y ciento veinte palomas, todas blancas.

Una palmaria.—Era monumental, de gran volumen. La vistió y presentó don Eduardo Olmos.

El tablero en que descansaba era de dalias blancas, fileteado de blanco y rojo con la misma flor.

El gran platillo estaba vestido de flor variada formando caprichosos dibujos y terminaba en un asa monumental forrada con siemprevivas de colores.

El candelero era de clavelones y la vela, que aparecía á medio consumir, era de nardos.

La gran pantalla que completaba el motivo representado por el carruaje, ostentaba dibujos muy bonitos y estaba limitada por una guirnalda muy bonita también.

Iban en el carruaje los esposos Olmos y D. Juan Peñafiel.

Un banco en un jardín.—Lo presentó su autor y propietario á la vez: el arquitecto municipal D. Tomás Rico.

El motivo estaba muy bien desarrollado. La plataforma rodeábala una verja estilo Luis XV como todo lo perteneciente á esta carroza.

En la parte anterior y sobre una pequeña columna, se amontonaban los atributos de las artes en artísticas confusiones. A la derecha el banco que iba ocupado por las señoras de D. Tomás Rico y D. Andrés Palacios y las señoritas Gloria Bas, Lola y Eledia Bosch y María Romaña.

En el fondo veíase un artístico puente de paso de aguas, y precipitándose por él una cascada formada por numerosos surtidores que caían en una gran chapina, cerca de la cual se veía un tritón.

En el ángulo posterior de la derecha, se elevaba un sireno minarete que daba al conjunto visibilidad muy agradable.

El asunto que motivaba la carroza ofrecía verdadero lujo de detalles que en el ardor de la batalla y al correr arrastrado por el tiro, pasarían desapercibidos para la mayoría de los espectadores.

El tiro era de tres caballos á la par, llevando en las guarniciones adorno de nardos.

Un arlequin.—De D. Joaquín Zapata, muy bien hecho, muy bien dibujado y muy bien vestida la base que le servía de apoyo.

En la parte anterior se destacaba la sobria y llena copa con su «forrado copete» blanco y rojo, figurando ser la caja del coche canastilla para servir barquillos.

Las artísticas combinaciones de las flores que constituían el adorno de esta carroza y lo caprichoso de los dibujos daban un aspecto agradabilísimo.

Dentro de la cesta iban el Sr. Zapata, doña María y doña Basilia Doggio, Antonina Diaz, Julia Cándido, Isabel Ruiz, Antonia y Angelina Andulla y Anita Martínez.

Un ramillete.—Era de flores, pero no hay que confundir las especies. Se trataba de un ramillete de confitería sin confites. No aspiraba á premio.

Lo presentó el administrador delegado de la compañía del Ensanche, D. Diego Cánovas y estaba hecho con verdadero arte.

La flor de que estaba formado no difería de la de los demás, predominando en su construcción las dalias de varios colores, y los clavelones y los nardos.

Dentro del ramillete, amparados bajo la bóveda que formaban los arcos, iban Antonia Cánovas, los niños Manolito, Diego y Pepe y la señorita de Espín, con municiones á mano para entrar en línea de batalla.

Una fuente.—Bonita carroza del comerciante de esta plaza D. José García y García. Era arrastrada por seis caballos.

Se elevaba en el centro de la plataforma y estaba rodeada de pilares formando valla.

Las disposiciones del tiro—tres caballos de varas, dos delante á la par y que adelante de estos últimos, contribuía á la mejor impresión del conjunto.

En el adorno de este carruaje entraron también las dalias, clavelones, siemprevivas y muchos nardos. Parece mentira que hayan podido obtenerse con tanta abundancia.

Custodiando la fuente y dispuestas á pelear por ella, iban D. José y D. Pedro García Méndez, D. Diego Frigoré y D. Eduardo Corbalán.

Una caja de fósforos.—Esto representaba una carroza presentada por los señores Martínez y Andulla.

La caja del coche desaparecía dentro de la otra caja, una caja de cerillas de las de á diez céntimos, con sus elásticos, sus dibujos y todo.

Aparecía abierta, presentando á los espectadores el escudo de adentro. El fotografiado de la caja exterior representaba un toro echando á rodar á un D. Tanoredo.

Las cerillas de la caja eran los señores Martínez y Andulla que tenían barro á mano para lo que saliera.

¿POR QUÉ NO VIENEN?

La fiesta comenzó un poco tarde. Estaba anunciada para las cinco y media, pero dieron en el reloj y... nada, las trompetas no anunciaban al enemigo. Pasó un cuarto de hora y después otro y el enemigo sin venir.

El público comenzó á impacientarse. Algunos pensaron si se celebraría de noche la batalla.

Dieron las seis y creció la impaciencia; dieron las seis y cuarto y las cornetas permanceban mudas. ¿Qué pasaba? Nadie lo sabía, pero era indudable que había ocurrido algo, porque iba pasando cerca de una flor de la señalada para la fiesta y no había señales de que nadie se presentara en son de guerra.

¿YA VIENEN?

Por fin tomaron la palabra las cornetas y nunca su acento ha producido satisfacción más honda. Una sección de la guardia civil despeja el campo. A lo lejos flamean dos estandartes. Son los de los heraldos del Ayuntamiento que preceden á los que vienen á librar la batalla. Ya delante la representación de la ciudad, el escudo de sus armas. Lo siguen las carrozas que hemos descrito á la ligera, que pasan por delante del jurado y dan la vuelta á lo pista en orden preciso.

¿Y LA PALMARIA?

El público se fija en que habiendo oído carruajes solo han entrado, siete. ¿Y el octavo?

—Falta la palmaria—dice un espectador.

Efectivamente, esa es la que falta. Ni llega, ni se le ve venir. Tal vez en fuerza de ser tan grande, se ha rendido á su peso. ¿Qué lástima! ¿Una carroza tan bonita!

¡FUEGO!

Las cornetas tocan paso de ataque y se abre el fuego, un fuego terrible. De todas partes salen ramos y serpentina, que cubren en un instante el suelo. Los defensores del jardín atacan con coraje á las tribunas, pero estas se resisten y lanzan guirnalda de ramos y millares de serpentina, tantas, que en unos cuantos minutos desaparece bajo un montón de cintas la mitad de la artística obra del señor Rico; y hasta las defensoras del carro desaparecieron del mismo modo, si no se dieran tanta prisa á escapar del vehículo la tremenda invasión de flores y papel.

En medio de la algarabía que produce la pelea, atraviesa la pista un nuevo carruaje. Es la palmaria que viene sin pantalla. El público se percibe de su presencia y la recibe con aplausos.

En el viaje de regreso la emprende reñidamente con el jurado y así lo enterra; pero los del jurado le devuelven por ende ramos y la palmaria se da á la fuga.

El palomar acude á ocupar el puesto que

Probad los Cognacs de HENRI GARNIER y C.